

ras golpeaban el suelo enérgicamente.

—Son ellos—dijo al ayuda de cámara.—He pedido á usted un servicio. Ha llegado el momento.

—Mande usted.

Apoyaron una escala en el balcón.

Los dos hombres cogieron á Jacobo Mosés y le bajaron hasta el jardín.

Una vez allí, le condujeron hasta la avenida de la Pique y le dejaron sobre un banco.

El asesino permaneció inerte como un cadáver.

En aquel momento llegó el carruaje que había oído Caussedé.

Uno de los hombres que venían en el pescante bajó sin decir una palabra.

El marqués le entregó dos papeles.

Uno de ellos era el telegrama que había llegado para el barón. El otro una carta con estas palabras en el sobre:

«Para el señor Pedro Dantenac.»

Señaló el banco donde estaba Jacobo Mosés, sin movimiento, y seguido por Lagrippe, que contemplaba aquella escena con el mayor asombro, volvió al hotel, de donde nadie les había visto salir.

Un minuto después, el carruaje con los dos caballos emprendía de nuevo su camino hacia el establecimiento de baños y el viejo Luchón.

El bearnés bajó de nuevo á la avenida de la Pique, como para respirar el aire fresco de la noche.

En el banco no había nadie.

La avenida estaba de nuevo silenciosa y desierta.

## XXVII

### ¡Visión!

Para explicar los hechos que siguen, hay precisión de volver atrás algunos instantes.

El viejo Mosés se dirigía á Marignac á esperar á la infeliz Benedetta.

El carruaje que le llevaba hacía honor á su dueño.

Arros entendía el oficio, y como había dicho Estagnou, tenía una cuadra de primera.

Sus caballos, delgados y nerviosos, tenían músculos de acero y alargaban el trote maravillosamente.

Además el camino era favorable.

De Luchón á Marignac, la carretera sigue por las orillas de la Pique hasta su encuentro con el Garona.

Arros, envuelto en un buen abrigo, había tomado sus precauciones para una noche de viaje.

El antiguo pobrete había llegado á ser un personaje entre los demás cocheros, asombrados de su rápida fortuna, á la que atribuían los más fantásticos orígenes.

Así y todo, no cedía su puesto á nadie cuando se trataba de conducir al Creso á quien debía su fortuna, ó mejor dicho, su riqueza.

Todo es relativo.

Arros no sentía remordimiento ninguno, y además se sentía amparado por el poderío del personaje á quien obedecía.

Sin embargo, al acercarse á los álamos de Gaud, una ligera emoción le acometió, como una bocanada de aire que azota la cara.

Llegaba á aquel macizo de árboles y arbustos impenetrable á la ténue claridad de las estrellas, cuando el cochero se volvió hacia el viajero y dijo:

—Aquí es, señor barón.

—¡Para!—ordenó el viejo Mosés.

El coche se colocó á un lado de la carretera, donde Arros había estado ya detenido la otra vez.

El cochero realizó aquella maniobra con cierta contrariedad.

—Me gusta poco este sitio—pensaba, —quisiera estar lejos.

—El viejo Mosés bajó á tierra, se acercó á uno de los faroles y miró su reloj.

—Las diez menos cinco—murmuró,— aun es temprano. Esperaremos.

La obscuridad bajo los árboles era completa. No se hubiera distinguido á un hombre á dos pasos.

El barón, disgustado, inquieto por no encontrar á Benedetta, avanzó algunos pasos más hacia Marignac, escuchando atentamente.

El estrépito de las aguas de la Pique, ensordecedor en aquel sitio, no permitía oír el ruido que hace una carreta en un

camino, y con mayor razón el ligero paso de una joven.

Se resignó paseándose para distraerse y combatir la frescura de la noche, cuando una voz ó, mejor dicho, un murmullo le llamó la atención.

Se estremeció de alegría y pensó:

—¡Es ella!

Volvió á acercarse al macizo de árboles; pero en el momento que llegaba, dos sombras que parecieron salir de la tierra se pusieron á su lado, dos manos pesadas cayeron sobre sus hombros, y le cubrieron la cabeza con una capa fuerte al mismo tiempo que sentía que fuertes cuerdas se arrollaban á su alrededor como serpientes.

El ataque fué tan brusco, que ni siquiera tuvo la intención de defenderse.

Lo que él había hecho con una joven indefensa, lo ejecutaban ahora con él.

Había abusado de la fuerza; otros abusaban á su vez.

Sofocado como Benedetta, apenas pudo oír un grito estridente que desgarró la noche.

Se peleaban al lado del carruaje; pero la pelea debía ser muy corta puesto que era muy desigual.

Rabastoul acababa de sujetar al cochero por el cuello.

Le tiró á tierra, y poniéndole una rodilla en el pecho, le dijo:

—¡Si das un grito, mueres! Si te callas, no te haremos nada. Podrás conservar lo

que tan cobardemente has ganado. Contigo no queremos nada. ¡Elige!

El tunante era vigoroso; pero el herrero y el marmolista lo eran más que él.

Además, Arros estaba en malas condiciones para defenderse.

Su conciencia se levantaba contra él, y hacía causa común con sus adversarios.

Se rindió, maldiciendo de su imprudencia y de la del barón Mosés.

¡Los álamos de Gaud! Aquel nombre era de mal agüero.

Se dejó sujetar como su rico parroquiano, y meter en el carruaje detrás de él.

La comitiva se puso inmediatamente en marcha.

El viejo Mosés, incapaz de hacer un movimiento, se sintió trasportado por caminos llenos de baches profundos, con enormes pedruscos, sobre los que las ruedas daban continuos golpes.

Pero aquella marcha no duró más que algunos minutos.

El carruaje se detuvo.

Los dos cómplices, el barón y el cochero, fueron descargados como fardos.

Dejaron á Arros sobre un suelo duro, cuya naturaleza no pudo reconocer, mientras al barón le llevaban, como si fuera una pluma, al primer piso de una casa desconocida.

Allí le despojaron de los obstáculos que le impedían ver, y un espectáculo horrible heló la sangre de sus venas.

Sobre un lecho cubierto con un lienzo blanco había dos cadáveres extendidos.

Cuatro cirios alumbraban la estancia.

Dos crucifijos de madera negra, con el Cristo blanco, descansaban en el pecho de los muertos.

Una joven y una anciana estaban arrodilladas á los lados.

La joven era Marieta Soubère, y la anciana la tía Julia, la hermana del capitán.

La tía lloraba en silencio.

Marieta contemplaba á su hermana, una de cuyas manos heladas tenía entre las suyas, con mirada sombría, consumida por la fiebre.

A la llegada del barón se volvió lentamente y le contempló, clamando venganza.

Pedro Dantenac empujó al judío y le dijo:

—¡Mira, mira! La que ibas á buscar, está aquí. ¡Ha preferido morir á sufrir la vergüenza de ser tuya! ¡El ha muerto tratando de salvarla! Estas son tus víctimas. ¡Dentro de un momento vamos á juzgarte y á juzgar á tu hijo contigo! ¡De rodillas!

La mano de Rabastoul se apoyó en el hombro del barón, que cayó á tierra sin decir una palabra.

¡Se sentía vencido, dominado, perdido!

—Ahora que has reconocido á tus víctimas—dijo Pedro Dantenac—vamonos. Tu presencia está mancillando esta casa.

Hizo una señal á Rabastoul y á Baurrousse.

En un momento el banquero se vió otra vez envuelto con la capa que á medias le habían quitado.

Los tres hombres salieron, santiguándose ante los cadáveres, y bajaron la estrecha escalera con su fardo viviente.

En el piso bajo de la casa del capitán, Arros, orgulloso y sombrío, se resignaba á su suerte.

Comprendía la indignación y los resentimientos de los que castigaban un crimen que él conocía mejor que nadie y del que ni siquiera hablaban.

Quedó prisionero bajo la custodia de dos fuertes mozos de fragua.

El carruaje volvió á emprender su camino.

Fué un viaje fantástico en medio de la noche.

Los caballos de Arros eran excelentes.

El dinero del crimen había sido bien empleado.

Envuelto por su capa, el viejo Mosés permanecía tendido en una de las banquetas; Baurrousse le vigilaba sentado enfrente.

En el pescante, Rabastoul y Pedro Dantenac, ocupaban el lugar de Arros.

En algunos momentos llegaron á Guran, á Cier, y por último, á los arrabales de Luchón, que cruzaron para llegar á la venida de la Pique, donde recogieron el prisionero que entregó Caussedé y se vol-

vieron hacia Saint Aventin, siguiendo hasta el valle de Oueil, más abajo de Caubous.

Allí se detuvieron.

La primera parte de su viaje había terminado.

Faltaban veinte minutos para la media noche.

La luna se elevaba por la izquierda hacia el pico del Mediodía y un reflejo sanguinolento coronaba la cima de la orgullosa montaña que se llama el Antenac.

En un edificio abandonado, donde se refugiaban los pastores durante las tempestades de otoño, esperaban cuatro hombres y cuatro caballos.

El carruaje quedó colocado en un momento; los caballos de Arros, atados en un rincón; el barón y Jacobo Mosés, cargados y sujetos sobre rústicas albardas, y empezó una marcha rápida por senderos escarpados y pasos peligrosos para bestias y peatones menos acostumbrados al camino de la montaña.

Se hubiera creído que era una cuadrilla de contrahandistas, perseguidos de cerca por los carabineros.

La luna seguía elevándose, alumbrando el camino de esta extraña expedición.

Poco á poco la torpeza que había invadido á Jacobo Mosés, fué disipándose, sacudido como iba por los bruscos movimientos del caballo, escalando con esfuerzos los escalones tallados en la roca.

Además, la frescura de la noche le despertaba.

Cuando abrió los ojos por primera vez, se preguntó dónde estaba, lo que hacía, y pensó que estaba soñando.

A la luz pálida de la luna distinguió, vagamente al principio, un jinete que rompía la marcha, llevando detrás un caballo, sobre el que había colocado un hombre, mejor dicho, un bulto informe, que apenas se distinguía.

Otro jinete, vestido de militar, venía algunos pasos detrás.

La fila se prolongaba con cuatro ó cinco hombres á pie que caminaban rápidamente, ágiles, elásticos, con gorr negro y polainas; apoyándose en largos bastones.

Dos de ellos llevaban un fusil al hombro.

Jacobo Mosés se preguntó si estaba loco.

De pronto se acordó de las revelaciones de Caussédé al principio de su extraño sueño.

Quiso lanzar un grito, pero su voz se apagó.

Comprendió que estaba amordazado.

Entonces se apoderó de él un horrible espanto.

Estaba prisionero.

Caussédé no le engañaba; ¡le había vendido!

¿Pero á quién le había entregado?

La columna avanzó todavía algunos

minutos entre dos taludes escarpados, coronados por un bosque de abetos, y de pronto el horizonte se ensanchó: se encontraban enfrente de una casa antigua con tejados de mucha inclinación, cuya silueta se destacaba con gran limpieza sobre el cielo. Anduvieron algunos pasos, y la comitiva se detuvo.

Los hombres entraron en la casa, y Jacobo Mosés pudo ver en el portal una especie de fantasma, una mujer delgada y huesosa, vestida pobremente, gesticulando como una hechicera; los caballos desaparecieron en un departamento de ancha puerta, que debía ser cuadra, y sin tocar á tierra, el judío se encontró con rapidez prodigiosa, en el interior de una gran sala casi vacía, colocado en un ancho sillón de paja con respaldo de madera, que se remontaba á los tiempos en que se vivía austeramente, sin regalos y comodidades que van degenerando nuestra raza.

Entonces vió Jacobo Mosés, con estupor, que enfrente de él se colocaba otro asiento tan primitivo como el suyo.

Allí instalaron el bulto que había visto sobre el caballo que le precedía.

Le desembarazaron de la capa que le sofocaba, aflojaron sus ligaduras, y le dejaron en estado de ver y oír.

Era el viejo Mosés.

El padre y el hijo se reconocieron y no tuvieron necesidad de hablar para comprenderse.

La vieja que Jacobo había visto en la puerta de la casa se aproximó á ellos, los examinó despacio con ojos irritados, medio ocultos en la profundidad de las cuencas, murmuró una amenaza llena de odio, y haciendo horribles gestos con su boca desdentada, que rasgaba su faz amarilla y llena de arrugas, se retiró, lanzando este apóstrofe con tono de desprecio indecible:

—¡Malditos!

Los Mosés permanecieron impasibles; el padre estaba absorto por su visión de Astos; el hijo se preguntaba si no estaba alucinado por algún narcótico, si no era víctima de una de esas horribles pesadillas que engendra el opio, y no podía creer en aquel atrevido golpe de mano.

Una última sorpresa le esperaba.

Los hombres que les habían conducido, se colocaron en semicírculo delante de ellos.

Todos llevaban el traje de los montañeses de las inmediaciones de Luchón, menos uno, que vestía uniforme de soldado.

La vieja, preocupada y silenciosa, se apoyaba en la alta chimenea, en cuya campana había una especie de blasón groseramente labrado en piedra.

Un hombre alto y fuerte entró el último en la sala y se adelantó hasta los Mosés.

Al verle, Jacobo hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse; pero no se pudo incorporar.

Una mano pesada le obligó á permanecer en su sitio.

A su lado y al de su padre permanecían de pie dos hombres de rostro duro y vengativo.

El desgraciado se estremeció de espanto.

Acababa de reconocer al personaje que había entrado ultimamente.

Era Pedro Dantenac.

¡Luego no había muerto! ¡Richard le había engañado.

¡Era él, no había que dudarlo! ¡Y los tenía en su poder, indefensos!

¡No, no era juguete de un sueño! ¡La realidad le aplastaba, se le imponía!

Como el león que cae en el silo preparado por los árabes, como el lobo que encuentra sus patas sujetas en el lazo que no puede romper, apretaba los dientes, maldiciendo de su impotencia.

Al ver la impasibilidad de aquellos montañeses en aquella sala desnuda, respirando la pobreza y el desprecio de las riquezas; entre aquellas cuatro paredes, tan toscas como salieron de las manos de obreros primitivos, resudando la humedad de las nieves fundidas y adornadas por un tono verdoso producido por las vegetaciones espontáneas, sin otro ornamento que un crucifijo; contemplando el extraño resplandor de los ojos de la vieja, y el odio frío de sectario de que se veían poseídos todos los montañeses; al considerar aquella captura, para la que

en su calenturienta imaginación Jacobo Mosés suponía necesarios titánicos esfuerzos, cuando había sido lógica consecuencia de los acontecimientos, ayudados por la casualidad, comprendía que no podía esperar salvación ni clemencia.

Pedro Dantenac le dijo con la tranquilidad de la fuerza:

—No esperabas verme, ¿verdad? Pues aquí me tienes.

Y dirigiéndose al viejo Mosés:

—¡En París yo no era nadie, y usted lo dominaba todo! París le pertenecía. Había que resignarse á esperar. Aquí estamos en casa de los Dantenac. La casa es pobre; ¡pero cuánto siento haberla dejado! Y añadió, señalando á su tía:

—Esta es nuestra madre, ó la que ha hecho sus veces con nosotros. La hemos consultado. Encuentra que nuestra causa es justa y nuestro derecho legítimo.

Señaló al suboficial y al posadero:

—Estos son mis hermanos. Falta uno, Juan. Acaba usted de verle hace un momento. ¡Ha muerto! Los demás son parientes y amigos. La vida es una lucha; los fuertes aplastan á los débiles. Ustedes me lo han demostrado. Si ahora les toca ser los más débiles, tanto peor. En seguida vamos á juzgarlos.

Todo esto se tarda mucho en decir.

Sin embargo, pasó muy rápidamente.

El viaje había durado muy poco.

La escena de Marignac, algunos instantes.

La de la vieja casa de Caubous, debía ser también muy breve.

## XXVIII

### Sobre el Antenac.

Al oír que iban á juzgarlos, el viejo Mosés inclinó la cabeza.

Pero su hijo trató de recobrar su audacia.

—¿A juzgarnos?—dijo.—¿Con qué derecho?

Rabastoul respondió brutalmente:

—Con el que nosotros nos tomamos.

La anciana tía, sublevada, con los ojos llenos de cólera, gritó:

—¡Silencio, maldito!

Pedro Dantenac sacó una hoja de papel, y extendiéndola sobre una pobre mesa de pino, dijo:

—Esta es la sentencia.

—¿Ya está todo arreglado?—preguntó Jacobo Mosés tratando de sobreponerse á su espanto.

Pero todo su cuerpo temblaba.

Sus ojos agitándose dentro de las órbitas, sus labios exangües, sus dedos crispados como garras de pájaro herido que trata de sujetarse á la rama que le sostiene, su extremada palidez, todo indicaba en él el pavor horrible que le embargaba y la rabia frenética é impotente que se había apoderado de su espíritu.

El mayor de los Dantenac leyó: